La Porciúncula
A y Ω
DEL
FRANCISCANO SEGLAR

TOCAR LA PUERTA Y SALIR A ABRIR

De «síes» y «noes»

En el semanario católico Alfa y Omega en su número 1459 encontramos el artículo de Sara de la Torre, Delegada de Medios de Comunicación de la archidiócesis de Madrid, titulado: De «síes» y «noes»

Jesús pone el dedo en este Evangelio en una cuestión decisiva: la diferencia entre decir y hacer. Entre una fe que se pronuncia y una fe que transforma la vida.

Un padre pide a sus dos hijos que vayan a trabajar a la viña. Uno responde que sí, pero no va; el otro contesta que no quiere, aunque después se arrepiente y va.

Esta parábola la expone después de haber sido cuestionado en el templo por los sumos sacerdotes y los ancianos. Ellos se consideran fieles y conocedores de la voluntad de Dios. Sin embargo, cuando aparece delante de ellos la llamada concreta de Dios, no están dispuestos a acogerla. El problema no es que no quieran hacer, sino que no quieren dejarse interpelar.

También nosotros podemos acostumbrarnos a decir que sí. Hay muchos «síes» que pronunciamos casi sin pensarlo: sí a Dios, a la Iglesia, a la oración, sí a los compromisos que asumimos. Pero el Evangelio nos invita a preguntarnos si esos síes llegan después a la vida real. La voluntad del Padre se descubre también en aquello que cuesta: perdonar una ofensa -y pedir perdón por ella-, cuidar a quien nos necesita, el trabajo bien hecho o renunciar a tener siempre la razón.

MATEO 21, 28-32
Parábola de los dos hijos

¿Cuál de los dos hijos hizo la voluntad del Padre?

Lo que importa no son las apariencias externas, sino el interior de la persona; el que honra a Dios no es el que observa unos ritos externos, sino el que hace su voluntad.

Ser verdaderos, auténticos, practicar la justicia.

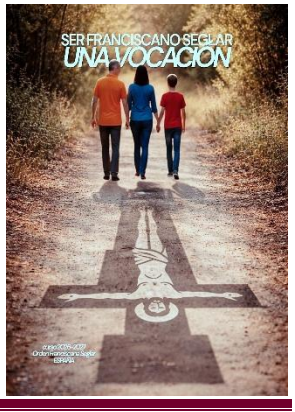
Ser coherentes

Vivir y actuar con responsabilidad

Una cosa es tocar la puerta y otra levantarse a abrir

Y aquí aparece la figura del segundo hijo. Su primera respuesta es negativa. No es un ejemplo de perfección. Pero algo cambia en él: recapacita. Reconoce que su primera reacción no era la definitiva y se pone en camino. Dios no nos identifica con nuestro peor momento ni da por cerrada nuestra historia cuando hemos respondido mal. Siempre queda abierta la posibilidad de volver.

Quizá por eso resulta oportuno recordar unas palabras que el Papa León XIV dirigía estos días a la diócesis de Roma al comenzar el año pastoral. Invitaba a detenerse, escuchar, discernir y verificar lo que se



está haciendo: preguntarse por qué se hace, qué fruto produce y si realmente conduce al encuentro con Cristo.

Señalaba que la verificación puede ayudarnos no a hacer más, sino a hacer menos y mejor.

Esta mirada ilumina también la parábola. A veces podemos llenar nuestra vida de actividades, palabras y buenos propósitos y, sin embargo, perder de vista lo esencial. El Padre no pide discursos sobre la viña: pide ir a trabajar. Del mismo modo, la cuestión decisiva para nosotros no es solamente cuánto decimos, cuánto organizamos o cuánto sabemos, sino si nuestro encuentro con Dios está dando frutos concretos.

> La cuestión no es cuánto decimos, cuánto organizamos o cuánto sabemos, sino si nuestro encuentro con Dios está dando Frutos concretos

Por eso Jesús termina con una afirmación que debió resultar escandalosa: los publicanos y las prostitutas llevan delantera en el camino del Reino. No porque su pecado sea bueno, sino porque supieron acoger la llamada a la conversión. Se dejaron alcanzar por la gracia.

El Evangelio nos deja una pregunta: **¿qué estoy haciendo con aquello que Dios me pide?**

Tal vez haya respuestas que dimos hace tiempo y que necesitan ser revisadas.

Tal vez haya un «no» que todavía puede convertirse en un «sí».

El Padre sigue enviándonos a su viña. Y siempre podemos levantarnos, cambiar de rumbo y, sobre todo, ponernos a trabajar.

Este artículo nos ha recordado cuando en el Boletín de enero de 2022 titulábamos: **SI;SI;SI … NO;NO;NO**

FRATERNIDADES MUERTAS

Cuando decimos que SI pero nuestra conducta nuestra actitud es NO

Cuando se propone un trabajo, se planifica un encuentro de la Fraternidad Regional y la respuesta es: «sí» pero cuando llega el momento es «no»

Y aquí cabe la pregunta, la reflexión de mi vocación, de sí «mí» encuentro con Dios está dando frutos concretos.

¡Nos da miedo el compromiso!

Piensa en Francisco, las veces que dice «no» pero luego son «sí»

La Porciúncula
A y Ω
DEL
FRANCISCANO SEGLAR

SÍ, SÍ, SÍ.....NO, NO, NO.

FRATERNIDADES MUERTAS

Ante la propuesta de un trabajo que hay que hacer, o de una reunión, de un encuentro de fraternidad, la respuesta es: sí, sí, sí. Y a los tres días: no, no, no.

¿Te quieres casar conmigo? Sí, sí, sí; y a los tres días: no, no, no.

Hoy vemos, estamos asistiendo, a que una persona ante una propuesta dice: sí, sí, sí; y a los tres días: no, no, no. Esto lo vemos constantemente, sobre todo en política. Hoy vemos como no hay pudor, ni siquiera rubor que alguien que te dice: sí, sí, sí; te dirá sin inmutarse al poco tiempo: no, no. no. Influencia quizá de la televisión.

Un amigo fraile, en plan de broma, de ese **humor con inteligencia** que practicamos los franciscanos, dice: «Para que haya más matrimonios en la Iglesia quizá deberíamos cambiar la fórmula: "Pepi, aceptas por esposo a Pepito en la salud y en la enfermedad, en la alegría y las penas, todos los días de tu vida, **hasta que la muerte os separe**". Tal vez se podría decir: "Pepi, aceptas por esposo a Pepito en la salud y en la enfermedad, en la alegría y las penas, todos los días de tu vida, **por cinco años renovables**". Porque nos da miedo el para siempre, **nos da miedo el compromiso**, comprometernos, ser fieles a nuestras promesas.

Esto es lo que nos está transmitiendo esta sociedad, y nosotros, a pesar de que decimos que estamos en el mundo sin ser del mundo, resulta que un día dijimos: sí, sí, sí; pero resulta que una vez pasado el tiempo lo que estamos diciendo es: no, no, no. Ya no nos acordamos de aquel momento de nuestra profesión. Ni con quien nos comprometimos, a quien hicimos nuestra promesa. ¡Yo compromisos! ¡calla! ¡calla!

Uno no se hace cristiano por una decisión ética o por una gran idea, sino por el encuentro con una Persona o un acontecimiento que le da un nuevo horizonte y con ello una orientación decisiva a nuestra vida.
Benedicto XVI

SEAMOS CONSECUENTES

Tenemos que preguntarnos cada uno ¿cómo está mi vocación?

Porque si decimos sí, sí, sí; pero a la hora de la verdad es: no, no, no. Es porque **estamos vacíos de contenidos**, la Regla está guardada en un cajón en el que ya ni nos acordamos.

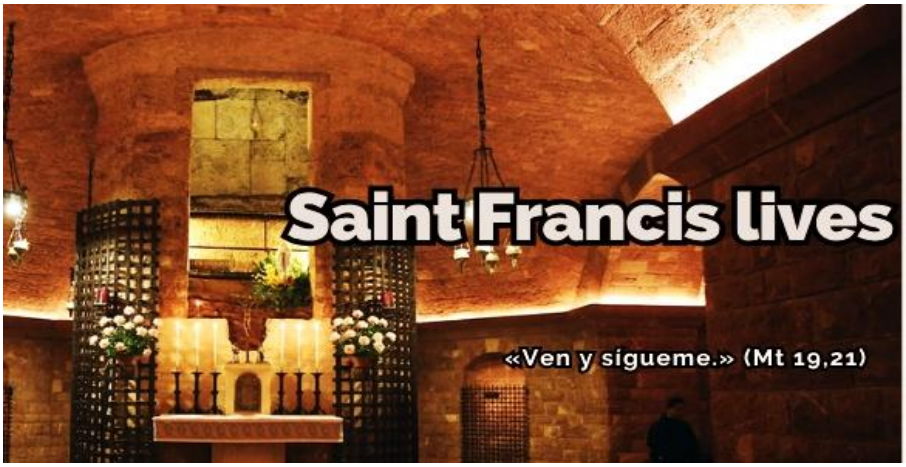
Que las fraternidades se hacen mayores lo sabemos, que quienes estaban dispuestos a llevarnos con su coche a los Encuentros programados ya no es posible, lo sabemos. Que la fraternidad se irá reduciendo, lo sabemos. Pero **¿es que no hay más alternativas?**, o es que si hay que dar dinero para alquilar un transporte decimos: Ah, no, no, no.

Porque **no se trata de edad, se trata de amor**, de amor a tus hermanos y a la Orden. Si no hay ilusión, **si no hay ganas de seguir haciendo fraternidad regional o nacional**, sí solo vamos a nuestra fraternidad local, y no siempre, somos **FRATERNIDADES MUERTAS**.

[40 BOLETÍN ORDEN FRANCISCANA SECULAR. FRATERNIDAD REGIONAL CARTAGINENSE. enero 2022] Página 1

La conciencia que tiene Francisco de que todo le ha sido dado, le lleva a vivir en la más reconocida gratuidad, acuñando una actitud profundamente teologal de restituir todo a quien de Él todo recibimos. Y quien no restituye a Dios, se convierte en ladrón de Dios como dice con audacia en la Admonición 18 «Dichoso el siervo que restituye todos los bienes al Señor Dios, porque el que se reserva algo para sí, esconde en sí mismo el dinero de su Señor Dios y lo que creía tener se le quitará».

Que tu respuesta sea siempre «sí» y que Francisco de Asís te ilusione siempre.



«Ven y sígueme.» (Mt 19,21)

Ocho siglos después del tránsito de san Francisco de Asís, su figura continúa despertando admiración dentro y fuera de la Iglesia. Su amor por la creación, su cercanía a los pobres, su sencillez y su mensaje de paz siguen inspirando a creyentes y no creyentes. Sin embargo, toda gran figura corre el riesgo de quedar envuelta por las imágenes que las generaciones posteriores proyectan sobre ella. También san Francisco ha conocido ese destino. La literatura, el arte, el cine e incluso cierta divulgación religiosa han difundido un retrato amable y atractivo del Poverello que, aun siendo verdadero en muchos aspectos, apenas deja entrever la hondura de su experiencia espiritual. Con frecuencia conocemos al santo de las flores, de los pájaros y del **Cántico de las criaturas**, mientras permanece en un segundo plano el hombre fascinado por Jesucristo, enamorado del Evangelio y consumido por el deseo de identificarse plenamente con el Crucificado.

Toda herencia merece ser contemplada por aquello que sigue generando en el tiempo. Los recuerdos pertenecen al pasado; la herencia verdadera continúa dando vida a quienes la reciben. Así sucede con san Francisco. Su legado más profundo no está formado únicamente por escritos, instituciones o episodios admirables de su biografía. La Iglesia ha recibido, sobre todo, una forma de vida evangélica nacida de un encuentro tan intenso con Jesucristo que transformó cada dimensión de su existencia.

El papa León XIV, con ocasión del VIII Centenario de su Tránsito, recuerda que san Francisco sigue hablando a nuestro tiempo porque su vida continúa señalando la fuente auténtica de la paz. Esa actualidad no depende de una sensibilidad propia del siglo XIII ni de la fascinación que despierta su personalidad. Brota de la permanente novedad del Evangelio, capaz de renovar el corazón de cada generación.

Acercarnos a la herencia espiritual del Poverello significa, por tanto, redescubrir qué quiso regalar Dios a su Iglesia a través de este hombre. Solo desde esa perspectiva comprendemos por qué, ocho siglos después, su carisma continúa despertando conversiones, sosteniendo vocaciones y mostrando que el Evangelio sigue siendo una forma concreta de vivir. La pregunta decisiva ya no es cuánto admiramos a san Francisco, sino cuánto estamos dispuestos a dejarnos transformar por la misma gracia que transformó su vida.

La herencia que Francisco dejó a la Iglesia

La muerte pone fin a una vida, pero no necesariamente a su fecundidad. Existen personas cuya influencia desaparece con ellas; otras, en cambio, continúan iluminando el camino de generaciones enteras. Así sucede con los santos. La Iglesia no los recuerda únicamente por gratitud hacia el pasado. Los reconoce porque descubre en sus vidas una obra del Espíritu Santo que sigue siendo fecunda para el Pueblo de Dios.

San Francisco pertenece a ese número de hombres cuya existencia ha desbordado los límites de su tiempo. Ocho siglos después de su tránsito, su presencia continúa viva en la Iglesia porque el don que recibió del Señor no le fue concedido para sí mismo. Como todo carisma auténtico, estaba destinado a enriquecer a todo el Cuerpo de Cristo. Su herencia no es propiedad exclusiva de la Familia Franciscana; pertenece a la Iglesia entera, que sigue encontrando en él un camino privilegiado para volver al Evangelio.

Por eso, la pregunta verdaderamente importante no es qué dejó san Francisco, sino qué sigue ofreciendo Dios a través de él. Los escritos, los episodios de su vida o la memoria de sus gestos poseen un valor inmenso, pero remiten siempre a una realidad más profunda: la acción del Espíritu Santo, que continúa suscitando, siglo tras siglo, hombres y mujeres llamados a vivir el Evangelio con el mismo espíritu que animó al Poverello de Asís.

Ser heredero de san Francisco, por tanto, no consiste en conservar un legado recibido ni en admirar una figura extraordinaria del pasado. Toda herencia espiritual reclama ser acogida, encarnada y transmitida. Solo se convierte en verdadero heredero quien permite que la misma gracia que transformó la vida de Francisco siga actuando también en la suya. Los carismas permanecen vivos mientras encuentran corazones disponibles para recibirlos.

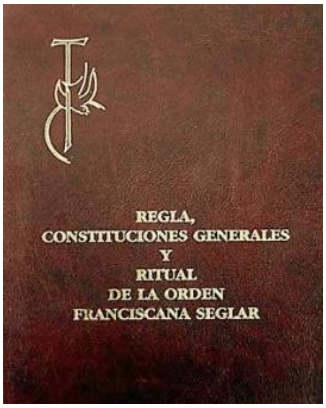
Desde esta perspectiva comprendemos que la memoria de san Francisco nunca puede convertirse en un ejercicio de nostalgia. Cada vez que la Iglesia vuelve a contemplar su vida, el Espíritu Santo continúa proponiendo el mismo camino de santidad que comenzó en Asís hace ocho siglos. La verdadera herencia del Poverello permanece abierta, porque su origen no se encuentra en la genialidad de un hombre, sino en la inagotable creatividad de Dios.

La forma de vida que el Señor regaló a la Iglesia

Cuando Francisco comenzó su camino, no pretendía fundar una espiritualidad nueva ni ofrecer un método original de perfección. Su único deseo era vivir el Evangelio con toda su verdad. Poco a poco comprendió que aquella intuición no era únicamente para él. El Señor estaba regalando a la Iglesia una **forma de vida**, una manera concreta de existir en la que el Evangelio dejaba de ser solamente un texto inspirado para convertirse en la medida de cada decisión, de cada relación y de cada paso de la existencia.

Por eso, la tradición franciscana nunca ha definido su vocación mediante una lista de prácticas o de devociones.

Desde los primeros tiempos habla de una *forma vitae*, una existencia modelada por la Palabra de Dios hasta el punto de que toda la vida adquiere una unidad nueva. No hay un Evangelio para la oración y otro para el trabajo; uno para la fraternidad y otro para la misión. Todo queda unificado en Cristo.



La Regla de la Orden Franciscana Seglar expresa esta convicción desde su primer artículo: «La Regla y la vida de los Franciscanos seglares es ésta: guardar el santo Evangelio de nuestro Señor Jesucristo siguiendo el ejemplo de San Francisco de Asís, que hizo de Cristo el inspirador y centro de su vida con Dios y con los hombres.» (Regla OFS, art. 4).

No es casual que la Regla comience hablando de la **vida** antes que de las normas. En la tradición franciscana, la vocación nunca ha consistido principalmente en cumplir unas observancias, sino en dejar que el Evangelio configure progresivamente toda la existencia.

Francisco comprendió que seguir a Cristo no significa añadir algunas prácticas religiosas a la propia vida, sino permitir que Él se convierta en el principio que da unidad a todo: la oración y el trabajo, la fraternidad y la misión, la alegría y el sufrimiento, el silencio y la palabra.

Por eso, la verdadera herencia del Poverello no puede reducirse a la pobreza, a la fraternidad o al amor por la creación, aunque todas estas dimensiones formen parte de ella. El corazón de su legado es mucho más profundo: haber mostrado que el Evangelio puede llegar a ser la forma misma de una vida humana cuando una persona se abandona sin reservas a la acción del Espíritu Santo.

El corazón de la herencia: volver siempre a Cristo

Toda la herencia espiritual de san Francisco nace de un único acontecimiento: su encuentro con Jesucristo. A la luz de ese encuentro adquieren sentido su pobreza, su fraternidad, su amor a la creación, su alegría y su entrega a los más pequeños. Nada puede comprenderse de manera aislada, porque toda su existencia fue un lento proceso de configuración con Cristo, hasta el punto de desear parecerse a Él en todo, incluso en los sufrimientos de la Pasión.

Quizá por eso el **Testamento** constituye la mejor síntesis de su vida. Francisco recorre los momentos decisivos de su camino espiritual con una sencillez que sorprende. En cada acontecimiento reconoce la iniciativa de Dios: «El Señor me dio hermanos»; «el Señor me condujo entre los leprosos»; «el Señor me reveló...». Su mirada nunca permanece detenida en sus propios méritos. Todo conduce al Señor, origen y cumplimiento de su vocación.

Esta manera de leer la propia historia constituye una de las herencias más valiosas que dejó a la Iglesia. Francisco enseña a descubrir la presencia de Dios en los acontecimientos cotidianos y a reconocer que toda vocación es, antes que nada, una obra de la gracia. Su vida se convierte así en un testimonio de confianza, de disponibilidad y de abandono en las manos del Padre.

Desde esa experiencia brota toda la espiritualidad franciscana. La fraternidad nace del descubrimiento de una misma filiación; la pobreza expresa la libertad de un corazón plenamente confiado en la Providencia; la creación se contempla como reflejo de la bondad del Creador; el servicio a los pobres se convierte en encuentro con Cristo presente en ellos. Todo encuentra su unidad en una existencia cuyo centro permanece siempre en Jesucristo.

Una herencia que sigue llamando

Los dones del Espíritu Santo nunca quedan encerrados en una época de la historia. Cuando Dios concede un carisma a la Iglesia, lo hace pensando también en las generaciones futuras. Por eso, la herencia de san Francisco no pertenece únicamente al siglo XIII. Continúa siendo una gracia ofrecida a hombres y mujeres de cada tiempo, porque el Evangelio que dio forma a su vida conserva intacta su capacidad de transformar el corazón humano.

La vitalidad de un carisma no se mide por la belleza de su pasado, sino por la fecundidad que sigue manifestando en el presente. Cada vocación franciscana, cada fraternidad que vive el Evangelio con alegría, cada hombre o mujer que descubre en san Francisco un camino para seguir más de cerca a Cristo, constituye una expresión de esa misma gracia que el Espíritu Santo continúa derramando sobre la Iglesia.

Por eso, el VIII Centenario no invita únicamente a recordar a un gran santo. Nos sitúa ante una pregunta profundamente personal: **¿ha terminado ya el Espíritu Santo su obra a través de san Francisco o continúa llamando hoy por medio de su carisma?** La respuesta resulta evidente cada vez que una persona descubre en el Poverello algo más que un ejemplo admirable y comienza a reconocer en su vida una posible llamada de Dios.

La herencia de san Francisco permanece abierta porque pertenece a la acción siempre nueva del Espíritu Santo. Allí donde encuentra un corazón disponible, vuelve a florecer la misma aventura evangélica que comenzó en Asís hace ocho siglos.

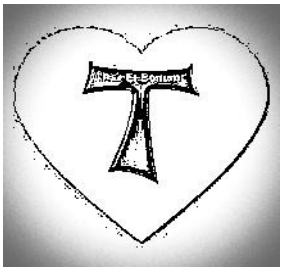
De la admiración a la vocación

Existe una afirmación que escuchamos con frecuencia: «Yo soy muy franciscano».

Sin embargo, esa expresión merece una pregunta sincera: ¿en qué se traduce ese sentimiento? Si el carisma de san Francisco ha conquistado verdaderamente el corazón de una persona, resulta natural preguntarse si el Señor la está llamando a vivirlo como una auténtica vocación y no solo como una simpatía espiritual.

La herencia del Poverello no fue entregada para suscitar simpatizantes, sino para formar discípulos que hicieran del Evangelio una forma de vida. Cuando el Señor concede a una persona un profundo amor por el carisma franciscano, la pregunta decisiva ya no es cuánto admira a san Francisco, sino cómo esta persona está llamada a responder a ese don.

La respuesta podrá concretarse en la **Orden Franciscana Seglar**, en la **Primera Orden**, en las **Hermanas Clarisas**, en la **TOR** o en cualquiera de las vocaciones que el Espíritu suscita dentro de la Familia Franciscana.



Lo que no parece coherente es afirmar un profundo amor por un carisma y no detenerse nunca a discernir qué espera Dios de ese regalo.

Esta reflexión interpela también a muchas familias cristianas. No son pocos los padres y madres que sienten una profunda devoción por san Francisco, leen sus escritos, peregrinan a Asís o educan a sus hijos en el amor al Poverello.

Sin embargo, si un hijo manifestara el deseo de ser fraile franciscano, si una hija sintiera la llamada a las Hermanas Clarisas o si alguno descubriera su vocación en la Orden Franciscana Seglar, la reacción podría ser de temor, resistencia o incluso rechazo. ¿No encierra esto una contradicción? Si creemos que el carisma franciscano es un don del Espíritu Santo para la Iglesia, ¿por qué nos cuesta tanto alegrarnos cuando ese mismo Espíritu parece suscitar una vocación en nuestra propia familia?

La herencia espiritual de san Francisco sigue dando fruto allí donde encuentra hombres y mujeres dispuestos a dejarse transformar por el Evangelio. El VIII Centenario del tránsito del Poverello será estéril si se reduce a celebraciones, congresos o recuerdos piadosos. Solo dará el fruto que Dios espera cuando despierte nuevas conversiones, nuevas vocaciones y nuevas vidas entregadas. La mayor fidelidad a san Francisco consiste en responder con generosidad a la gracia que el Señor sigue ofreciendo por medio de su carisma.

Conclusión

Toda herencia auténtica conduce siempre hasta su fuente. La de san Francisco nace del encuentro con Jesucristo y hacia Él continúa orientando a cuantos la reciben. El Poverello nunca atrajo las miradas hacia sí mismo. Toda su vida fue una transparencia de Cristo: el Cristo pobre de Belén, el Cristo crucificado del Calvario y el Cristo resucitado que renueva todas las cosas. Por eso, san Juan Pablo II pudo definirlo con una expresión de extraordinaria hondura: **«San Francisco fue un *alter Christus*.»**

En esa afirmación se encuentra la clave de su legado. El Espíritu Santo quiso regalar a la Iglesia, a través de Francisco, una forma concreta de vivir el Evangelio. No como un camino reservado a unos pocos, sino como un don permanente que continúa despertando santidad allí donde encuentra un corazón disponible. Los carismas nacen del Espíritu, pertenecen a la Iglesia y permanecen vivos mientras siguen conduciendo a los hombres hacia Cristo.

Quizá la pregunta más importante que deja este VIII Centenario no sea cuánto conocemos de san Francisco, ni cuánto admiramos su figura. La verdadera cuestión es otra: **¿qué quiere seguir realizando hoy el Espíritu Santo a través del carisma franciscano?** Cada vocación que nace, cada fraternidad que persevera con fidelidad, cada hombre o mujer que decide hacer del Evangelio la forma de su vida constituye una respuesta silenciosa a esa pregunta.

La historia conservará siempre el recuerdo del Poverello de Asís. La Iglesia, en cambio, está llamada a custodiar algo mucho más grande: la gracia que Dios quiso derramar a través de él. **Mientras el Espíritu Santo continúe encontrando corazones dóciles, la herencia de san Francisco seguirá escribiendo nuevas páginas de santidad.** Ese será, también hoy, el homenaje más verdadero al hermano Francisco.

Sin embargo, recibir una herencia nunca ha significado simplemente conservarla. ***Toda herencia auténtica reclama una responsabilidad***. Ocho siglos después del tránsito del Poverello, la gran pregunta ya no es únicamente cómo vivió san Francisco, sino cómo está llamada a vivir hoy la Familia Franciscana en un mundo profundamente distinto del suyo. Una sociedad marcada por el individualismo, la indiferencia religiosa, la fragmentación de la familia, la cultura del descarte o la crisis del sentido necesita volver a contemplar el Evangelio con ojos nuevos.

El carisma franciscano sigue siendo un don para este tiempo, pero también una llamada a discernir cómo hacerlo visible con fidelidad y creatividad en las circunstancias concretas de nuestro siglo.

Ese será el horizonte del próximo y último capítulo de **Saint Francis Lives**.

Hasta el próximo capítulo. **¡Paz y Bien!**

Arturo García Nuño (OFS)

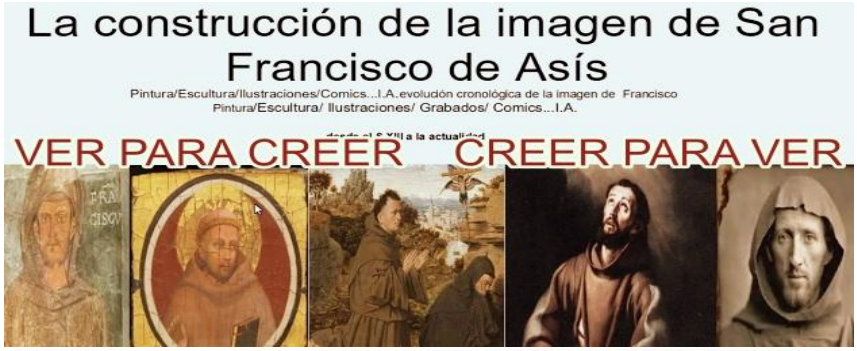
CELEBRANDO SAN FRANCISCO 2026

Iniciaciones en Cehegín

Emilia. **C**armen. **A**ntonio. **N**icolás. **M**aría Morenilla **C**ristopher. **A**na. **M**aría Carmen. **M**artín ❾

JORNADAS DE FRANCISCANISMO LÉRIDA 2026

El día 9 de octubre como estaba previsto se celebraron las XXI Jornadas de Franciscanismo organizadas por la OFS de Lleida. El hermano Josep introdujo los temas y a los ponentes. Interesantísima fue la exposición de Santiago Fernández sobre *La imagen de Francisco a lo largo de la Historia del Arte*. Nos decía que podemos encontrar más de 30.000 imágenes por la web.



Santiago izo un recorrido por las diversas obras y autores en la historia durante los siglos.

Nos dejó datos interesantes como que en la Basílica superior de Asís se encuentran 28 frescos. Como Giotto humaniza la figura presentando a un Francisco próximo. Interesantísima exposición que por la premura de la hora se quedó corta pero recordándonos que cualquier obra de arte sí la sabemos leer nos dirá algo.

Criterio	Subiaco (Pintura)	Tomás de Celano (Biografía)	San Buenaventura (Biografía)
Formato	Fresco visual en un monasterio	Obra escrita (Primera y Segunda Vida)	Obra escrita (Leyenda Mayor)
Época	En vida (aprox. 1223)	Primeros años tras su muerte (1228-1247)	Años posteriores (hacia 1260)
Enfoque	Hombre terrenal, pacífico y realista	Humano, radical, defensor de la pobreza	Teológico, institucional, modelo de virtud
Idealización	Mínima (rostro real con asimetría)	Media (resalta virtudes pero con carácter fuerte)	Alta (idealizado para unificar la orden)

José María Forné en una densa charla filosófica empezó con una pregunta: ¿Qué puede se más contrapuesto a la idea del amor? El amor platónico, la amistad. El mundo cristiano aporta la caridad. El amor nos une a lo divino, a lo superior. Francisco de Asís acepta el amor que nos une, transforma la espiritualidad medieval y transforma la experiencia mística en acción social. Amamos a los hermanos, reconocemos el amor celestial en este mundo. Francisco nos interpela en la acción de ir más allá. Fe caridad y esperanza la debemos buscar en la calle, en la naturaleza, en el otro. La caridad llama a amar a todos y a todo. La fraternidad universal. El testimonio de Francisco es excepcional.

José Juan Fabado el día 10 de octubre con el tema ¿qué es el hombre ante la muerte? Nos llevó por una reflexión apoyada en los salmos y en autores como Jorge Manrique, Ortega y Unamuno. Una frase: El ser humano está hecho para la vida. Un tránsito hacia el Padre.

Josep de la OFS de Lleida dijo que en Francisco van unidos amor y muerte. Josep dio las gracias a los reunidos en estas jornadas como también lo hizo el formador nacional Javi Conejo y la ministra nacional María José Piriz. Unas jornadas sin duda interesantes que podemos ver en la web https://www.ordenfranciscanasecular.es/ en YouTube.

CONCIERTO ORACIÓN ARQUITECTURA MUSICAL

El concierto previsto con los tenores de sette voci acompañados del cuarteto de cuerda de la Banda Sinfónica de Torrevieja fue discurriendo con la introducción por Andrés para poner en contexto la reflexión en cada canción. Por momentos asistimos a un éxtasis espiritual incomparable.
Gracias por este inconmensurable momento.

En estos 800 años de conmemoración del Tránsito de san Francisco de Asís son innumerables los actos que se están llevando a cabo por las fraternidades en todos los lugares. Así, peregrinaciones, encuentros, vivencias entre fraternidades y hasta musicales, han recorrido todo este tiempo.

Peregrinación Jubilar en el Tránsito de San Francisco. Unos 63 hermanos de la Fraternidad Regional se dieron cita en Santa Ana para subir al convento donde Fray Fernando nos dijo: «que teníamos que ser auténticos. Que toda nuestra vida sea alabanza, que toda nuestra fraternidad sea evangelio y que nuestro último tránsito nos encuentre viviendo siempre en el amor de Jesucristo.

La Orden Franciscana Seglar está llamada a hacer presente el evangelio en las realidades ordinarias de la vida cotidiana».

9 - 15 noviembre
SEMANA DE LOS POBRES
Ir hacia las pobrezas
Escuchar: hacer hablar a los pobres
La dimensión formativa
La oración como corazón de la misión
El signo profético al final de la misión
LOS POBRES NOS PERMITEN TOCAR EL EVANGELIO

TENEMOS QUE RECUPERAR LA FUERZA TRANSFORMADORA DEL CARISMA
UN CARISMA VIVO, UN CARISMA NECESARIO HOY EN LA IGLESIA Y EL MUNDO